

PHotoEspaña09: haciendo visible lo invisible

La nuestra es una época nostálgica, y las fotografías promueven la nostalgia activamente. La fotografía es un arte elegíaco, un arte crepuscular. Casi todo lo que se fotografía está impregnado de patetismo por el solo hecho de estar fotografiado. Algo feo o grotesco puede ser conmovedor por el solo hecho de estar fotografiado. Algo bello puede suscitar amargura porque ha envejecido, o decaído, o ya no existe. Todas las fotografías son memento mori. Tomar una fotografía es participar de la mortalidad.

Susan Sontag – Sobre la fotografía

Elisa G. McCausland

VALE LA PENA PARARSE a mirar. Buscar lo extraordinario en lo cotidiano y maravillarse de que, aún hoy, cuando todo parece ya estar fotografiado, se pueda obrar el milagro y hacer que la sorpresa surja de una imagen congelada en el tiempo. La duodécima edición del Festival Internacional de Fotografía —PHotoEspaña09— ha decidido correr ese riesgo, el de la mirada inquisitiva, curiosa, lacerante, y ha organizado una muestra donde lo extraordinario está en la intención más que en el resultado. La imagen resulta espectacular por el contexto, por la circunstancia, pero también por el deseo y la voluntad del fotógrafo de hacer visible lo invisible.

De cerca todo es más grande

Fotografía de lo cotidiano es una macroexposición donde realidad y ficción se miran por encima del hombro para luego abrazarse a escondidas. Imágenes robadas al escenario del mundo siguiendo el estilo de los antiguos paseantes, cazadores de momentos decisivos a la manera de Cartier Bresson, perdidos todos ellos en la traducción de sus emociones. Pero en esta muestra el fotógrafo que mira, dispara y atrapa el instante se encuentra con otros habitantes de la escena, abanderados de un cambio en la forma y el fondo; son los teóricos, fotógrafos que en los setenta plantearon otras formas de ver, y que ahora se dan cita en una retrospectiva —titulada *Años 70. Fotografía y vida cotidiana*— donde renovadores de la mirada, como Sophie Calle, reflexionan

sobre identidad e intimidad en su trabajo, o precursores del mal de archivo, como Christian Boltanski, se preguntan sobre la otra vida de las fotografías, la que va más allá del presente continuo.

El comisario Sérgio Mah atiende a la vanguardia, pero no se olvida del espectáculo de lo cotidiano. Las populares imágenes tomadas por Annie Leibovitz, la fotógrafa de las estrellas, se exhiben a unos quinientos metros de otro grande del arte contemporáneo, Gerhard Richter y sus *Fotografías pintadas*. La primera establece un diálogo entre lo público y lo privado —sus fotografías de celebridades en contraste con imágenes privadas y pequeños retratos— mientras que el segundo pone en comunicación fotografía y pintura. A estos dos titanes se les suma «la fotógrafa del pueblo», Dorothea Lange, cuya exposición *Los años decisivos* le recuerdan al ingenuo, al escéptico, al profano por qué sus fotografías son consideradas radiografías de una época.

Desde los márgenes

A la vera de los grandes, un descubrimiento reciente. Su nombre es Sara Ramo y, como si de una *Alicia en el país de las maravillas* se tratara, esta artista multidisciplinar entiende lo pequeño, lo cercano, lo doméstico como materia moldeable, construyendo relatos personales a partir de residuos, cuentos y recuerdos. Sara Ramo juega en su primera individual con vídeos e instalaciones, también momentos atrapados en imágenes fijas —no en vano, la fotografía fue su primer amor—. Algo parecido



Sergey Bratkov, de la serie *Chicas del ejército*.

le ocurre a Sergey Bratkov, que moldea su realidad personal siguiendo los dictados de la cámara. Un fotógrafo que acerca el objetivo a la realidad hasta quemarse, un documentalista de la propia existencia. No son pocos los que utilizan la propia vida como materia prima de su arte, pero en Bratkov hay compromiso social y una cierta tendencia a la crudeza. Realidad en estado puro —su realidad—. Como siempre que alguien mira a través de un objetivo. Ya lo decía la canción: «I am a camera». Dispara. ■